

APOLLO

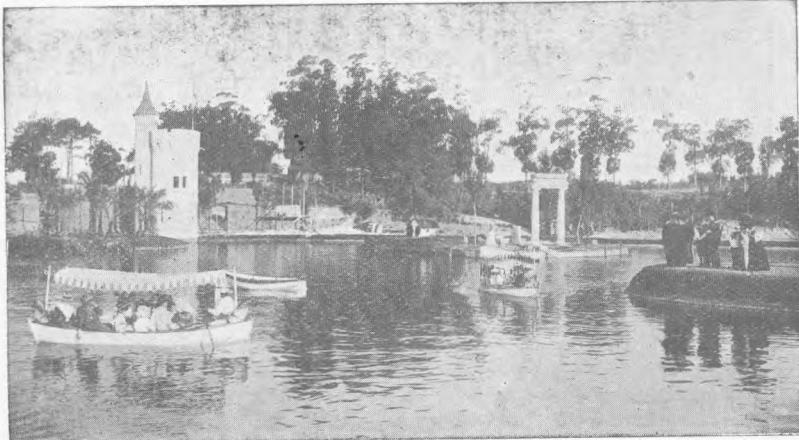
AÑO III

Número 16

REVISTA DE ARTE - - -

- - - - Y SOCIOLOGÍA

- - DE PÉREZ Y CURIS - -



MONTEVideo - BUENOS AIRES

♦ SANTIAGO DE CHILE ♦

25 JUNIO DE 1908 25

25-25
AP
115.0



LA ELÉCTRICA



Y LA ELECTRO-TECNICA-URUGUAYA

Cioffi, Regusei y Voulminot

Empresa de instalaciones eléctricas

Particulares é industriales

GRAN EXPOSICION DE ARTEFACTOS

Arañas, Brazos, Portátiles, Tulipas, etc.

Avenida 18 de Julio 65, esq. Convención

Los dos Teléfonos

Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO III — N.º 16.

Montevideo — Buenos Aires — Santiago de Chile, Junio de 1908.

Noche de luna — En el silencio

Capítulo de la obra en preparación, titulada "Desde el Patagonia" que aparecerá á fines del corriente año.

Durante las horas de este día interminable, he sentido rerudecer el horror á la soledad. Lejanas nostalgias, recuerdos felices de una niñez perdida, instantes de vivida libertad han azotado por igual mi espíritu, y he sentido disiparse por completo las esperanzas que cifraba en el porvenir de esta vida militar que hace ya dos meses soporto duramente, sujeto á las mayores borrascas íntimas. No tengo más que un imperioso deseo: ser libre, libre como antes para alejarme de este buque de guerra que constituye una cárcel odiosa, y donde no he podido encontrar una mano amiga que se me extendiera con afecto, una sonrisa bonachona y franca, ni siquiera una palabra de cariño.

Ahora mismo tendido sobre el coy inmóvil, han transcurrido dos horas de fatal insomnio, sin que el sueño viniera á poner tregua á la lucha empeñada entre mis sentimientos y mis ideas. Siento como una marea gigantesca que los recuerdos de los lejanos días de mi vida se agigantan con el misterio silencioso de esta hora y sufro el dolor de la esclavitud de los dos meses sin accidentes que soporto á bordo.

Aunque en torno mío todo es triste y desolado, sustraído á la ajena influencia, viviendo la vida introspectiva donde tantas cosas rumorean y se agitan, tengo un pensamiento de simpatía para la vida universal de los seres que, lejanos, recrean sus envidiables ocios ó libran en la sociedad las feroces luchas del fanatismo, de la supremacia y del odio.

Descansa, al parecer tranquila, la tripulación del buque. Sólo se escucha, en un amplio ritmo que ondula sofocado, la respiración múltiple de los que duermen, los suspiros y las quejas de los que sufren pesadillas ó sueñan con vaporosas quimeras. El sordo rumor de los pasos del imaginaria que ahuyenta el fastidio de la noche recorriendo de uno á otro extremo el amplio salón de batería transformado en dormitorio común, semeja los golpes isócronos de una lejana batuta

dirigiendo el concierto de respiraciones y suspiros de la marinería. Llega indistinto y claro hasta mis oídos, desde la cubierta, el traqueteo uniforme del centinela que, en el puente de mando, ve como lentamente se dilatan las horas de la noche. Las «aguas del río inmenso como mar», salmodian junto á los elevados muros del «Patagonia», su canción eterna. Se diría que multitud de voces infantiles, loaran, ocultas tras el misterio de las aguas aquietadas, al silencio de la noche y á los enigmas del sueño.

Por el «ojo de buey» que se abre sobre la cabecera de mi coy, admiro la belleza omnipotente de la noche, y vivo largos instantes la influencia dolorosa de la vida que palpita en cada astro, en las tinieblas mismas, en el azul impoluto del cielo que en lontananza se arquea, en las aguas que expresan con su misterioso lenguaje todas las humanas penas y dolores. Siento que mis ojos se pueblan con la calma que trasciende de lo alto y el magnífico silencio de la noche dialoga con mi alma contristada, con las mudas palabras de oro de los astros. La tersa superficie de las aguas se me antoja la partitura inmensa de esa extraña y misteriosa melodía que por todas partes se insinúa y cuyas notas las escribe sobre la superficie líquida el reflejo de oro de los astros que parpadean en la ignota, y que se agiganta con el leve movimiento ondulatorio de las aguas.

En el horizonte distante, donde la vista se torna débil y todo parece verse á través de una incierta nebulosa, recién emerge la luna como un enorme disco sanguinolento y terrible. Lleva interpuesta sobre su faz congestionada, como una dentadura de perlas, una pequeña nubecilla blanca y tenue que la transforman en dos rojos labios inmensamente dilatados que en el lejano precipicio del mar y del cielo, aplacan la fiebre que los devora.

Luego, con majestuoso andar de diosa inviolada, asciende hierática hacia lo alto; rebasa la pequeña nube solitaria caprichosamente interpuesta en su centro; se despoja de su roja clamide y sobre la aquietada superficie de las aguas, á manera de un monstruo fabuloso cuyas escamas fueran de aluminio, tiende un robusto haz de plateada luz, que se quiebra, vive y se agita como poseido por una fuerza misteriosa e invisible.

Y mientras derrama su pálida claridad sobre las aguas y el espacio, el cielo gradualmente palidece; las estrellas diminutas guardan prudente recazo tras el azul profundo y el horizonte deja ver su línea imprecisa como trazada por un volvoluminoso esfumino.

En los mástiles de los buques distantes, fondeados en la rada exterior del puerto, brillan algunas inciertas luces amarillentas.

Afuera las aguas prosiguen su melancólico ron-ron, mientras el «Patagonia» inmóvil, como enclavado sobre la inmensa superficie líquida, presta sus altos flancos de hierro al palomeo cariñoso de las pequeñas ondas del río.

En tanto la naturaleza rie serenamente en el silencio luminoso de la noche, yo me extravio en la selva virgen de los recuerdos, urgando cosas íntimas, olvidadas quizá por las múltiples preocupaciones de la vida. La visión de lo inconmensurable, de ese cielo azul eternamente indiferente á nuestras cosas y á nuestras rivalidades; agujereado por el oro de lo infinito que lo salpica en forma de estrellas temblorosas, me sugiere multitud de ideas caóticas que escapan á todo análisis y á toda exposición clara y meticolosa.

Todo en el espíritu es nebuloso é incierto, cuando el orgullo de nuestra vanidad socialcae abatido en una convulsión de muerte en estos momentos de dolorosa meditación, cuando se vive intensamente la intimidad de la vida, substraida al loco torbellino de las pasiones humanas. Nos sabemos partículas infinitamente reducidas de un gran todo complejo y armónico, transformados por un viejo prejuicio religioso en soberanos absolutos del universo, escrutando los secretos de la vida: la eterna Esfinge de los siglos cuyos misterios permanecen aún ignorados.

Recién la duda asalta nuestros cerebros, cuando el alma candente de ilusiones se sumerge en el océano infinito y silencioso de las cosas y de los mundos que se agitan en torno nuestro y nos convencemos que lo que afirmamos con jactancia en el transcurso de una conversación insustancial, no tiene mayor consistencia que un blanco copo de espuma ó una vistosa pompa de jabón. Y es que en la vida exterior, repartiendo nuestra atención aquí y acullá en multitud de objetos y fenómenos, no nos compenetramos de la esencia íntima de los conocimientos que tratamos de adquirir y que por otra parte constituyen el basto monumento de la humana sabiduría. Es que la contradicción entre lo dicho y lo que aun resta por decir es tan enorme, que la verdad luminosa y fuerte va alejándose de nuestro camino á medida que avanzamos en el laberinto de las más altas abstracciones filosóficas, lo mismo que el caminante del desierto, ve alzarse á medida que avanza en la ruta penosa, la visión entrevista de un oasis que el espejismo invierte en las arenas caldeadas por un sol de fuego.

Basta un misterio cualquiera, un enigma, un fenómeno cuyo motivo de existencia ignoramos, para que nuestro espíritu desfallezca en la duda é inquiéramos la certidumbre de que aun se prolonga mucho el camino que nos ha de conducir al pleno dominio de los secretos que encierra la naturaleza viva.

Bien es cierto que el largo recorrido en procura del reino de la luz es extenso; pero no es menos cierto que esto se complica hasta tornarse impenetrable, al borde del abismo misterioso donde el hombre se detiene á reflexionar en su génesis; en su suerte futura, y en las cosas mudas que no responden á la interrogación que el genio humano, audaz y resoluto, le ha dirigido á través de los siglos de los siglos.

Por otra parte los diversos estados de ánimo; la herencia atávica legada á las generaciones pretéritas; el caotismo de una falsa educación convencional sembrada de prejuicios sanguíneos, el ambiente donde nos debatimos así como el factor económico en las duras luchas por la existencia, conjuran contra la verdad y la vida en su más sagrada amplitud, agitando en las horas de silencio y de reposo, la nebulosa de ideas y de pensamientos que llena por entero nuestros cerebros.

Aceptamos *á priori* los conocimientos que los libros ponen de manifiesto ante nuestros ojos sin que entren en juego las más altas facultades del raciocinio, y de ahí esos estados confusos de conciencia en los que prevalece el desaliento y somos juguete de vastas e inquebrantables dudas.

El cúmulo de ideas contradictorias puestas en tela de severa discusión en las sociedades presentes; lo nuevo que lentamente va sobreponiéndose á lo viejo, las prácticas revolucionarias rompiendo con los convencionalismos y errores estatuidos y estratificados en la conciencia colectiva de las agrupaciones humanas; la pavorosa y enfermiza agitación de las masas populares en el mercantilismo moderno; el egoísmo malsano que incuba en el alma universal el apego cariñoso á los placeres y refinamientos materiales; el desmesurado y á las veces sanguinario deseo de adquirir riquezas y ostentar boato que son así como los supremos acicates de todas las luchas penosas; el caos de las fórmulas sociales que se mezclan en el crisol de las teorías futuras para la gestación de una sociedad más humana y más bella; el industrialismo y el capitalismo, todo, en un conjunto indestructible al parecer, contribuyen por otra parte á robarnos el tiempo que invertiríamos en las grandes meditaciones íntimas, con las que se pueden llegar á la adquisición de un mayor conocimiento en el campo de la actividad mental del ser humano, á la vez que aquilar la verdad de los fenómenos que se desarrollan ante nuestra vista. Cruzamos demasiado á prisa, procurando saciar las necesidades de nuestro organismo, frente á los crecientes progresos de las ciencias y á las manifestaciones del pensamiento, empujados eternamente hacia la muerte por el complicado mecanismo social en cuyos engranajes destructores vamos dejando inconscientemente, algo nuestro, y el tiempo nos falta para sumergirnos en nosotros mismos, en ese reino íntimo y silencioso, iluminado por una extraña luz que es á su vez armonía y vida.

Saturamos el cerebro con todo lo incierto que flota en el ambiente estrecho donde nos debatimos; con todo aquello que la veleidad humana coloca transitoriamente en boga, dejando de lado lo que virtualmente puede interesar á nuestra mente, libertándonos de toda falsa creencia ó preconcepto malicioso. Vivimos y nos obligamos á vivir con el espíritu voluble de la época, por observancia del medio unas veces, otras por debilidad psíquica. Y poco importa que lo exterior no refleje lo que caldea el sentimiento, hace reverdecer los retos de la idea y provoca la eclosión de las flores de nuestra selva.

misteriosa. Debemos vivir para los demás, aunque la vida vivida provoque dolores incurables y deposite en el fondo de nuestras almas el dejo de una amargura infinita, una impresión de racha invernal, fría y desoladora.

Y así, contemporizando con todo lo que nos rodea y constriñe la fuerza expansiva de nuestras vacilaciones, el triunfo, que es la suprema aspiración del egoísmo colectivo, de ese bajo egoísmo que da marcado carácter á la época en la que vivimos, fácilmente se logra. La mentira social ha menester, para que el individuo se corone de falsos mirtos, de ese manto de hipocresías. El alma y el corazón son cosas innecesarias para la lucha, porque en las ciudades, lo mismo que en el seno de toda agrupación humana donde haya intereses encontrados que se discuten lo íntimo provoca náuseas y no afianza el convencimiento. El formulismo y la exteriorización en el medio ambiente donde florece la civilización moderna, exige la sonrisa para perpetrar el crimen y las lágrimas para acallar la alegría que, en ocasiones solemnes para el espíritu, suele retozar dentro del pecho como si fuera una bandada de niños precoces y barullentos.

Las almas buenas y apacibles, almas hermanas, no se encuentran un solo instante en las encrucijadas de la vida y si esto ocurre alguna vez, no será por cierto en medio del formidable torbellino de las cosas y de los sucesos que se desarrollan á diario; en aquellos parajes agrestes donde el mercantilismo ha transformado á los seres humanos en un vórtice interminable de pasiones insensatas y cuyo origen casi siempre, está brutalmente generado por la desmesurada ambición de la riqueza, del boato y de la supremacía de clases. Será sin duda alguna en el impenetrable silencio que engendra una meditación muy honda, cuando los ruidos de las manifestaciones exteriores de la vida, no nos conturban y llegan acaso debilitadas al borde del lago íntimo donde no caben las tempestades que en los mares sociales levantan, con gestos de locura, las olas rugientes...

PERFECTO LÓPEZ CAMPAÑA.

LES HEURES DU JOUR

Ah! c'est le jour qui tombe ; ah! c'est vous qui sombrez, qui sombrez, mon amour. Où donc est ta belle âme? Vous m'avez dit à l'aube des mots démesurés. Le matin s'élançait dans sa blancheur de flamme.

Et puis, midi: les blés où l'âme dort, et puis, les grillons qui causant sont toute la causerie. Enfin que vous dirais-je? que te dirais-je, amie? le enchantant t'enveloppe et j'ai perdu ma femme.. Flots sombres de la nuit, où roulez-vous les âmes?

PAUL FORT.

Nuestros poetas



ÁNGEL FALCO

CUADRO DE * * * * *
* * JOSÉ D. BARBIERI

Lulú Margat

Juguete trágico en un acto

POR

AURELIO DEL HEBRÓN

Para APOLÓ.

ACTO ÚNICO

La escena representa un buduar sumuoso y confortable. A la izquierda en primer término, un gran espejo, y junto á él un mueblecito de *toilette* femenino. En segundo término un biombo japonés colocado de manera que oculte esa parte del fondo de la estancia.

El foro, en forma de semicírculo, totalmente cerrado por grandes colgaduras de brocado que llegan hasta el suelo.

A la derecha, primeramente, una mesa, rodeada de butacas, luego una puerta, después un lujoso guardarropa con espejo; junto al biombo, un sofá, con almohadones.

Es el anochecer. La estancia se halla envuelta en la penumbra.

ESCENA I

En redor de la mesa, hallánsen sentados, TRES ACTRICES jóvenes, vistiendo raros trajes de paseo y TRES ELEGANTES, lareados del decoro burgués. LULÚ, cubierta con un amplio peinador de seda, se halla en primer término; junto á ella, JORGE, vistiendo jaquet claro. Sobre la mesa, copas y botellas. Todos beben y fuman, incluso las mujeres; hablan entusiastamente y ríen á carcajadas.

Caballero 1.º — Vaya, me parece un poco extraordinario tu cuento.

Caballero 2.º — No, ¿cómo? no es un cuento. Les repito que es perfectamente verídico.

Actriz 1.ª — Si así no fuera qué gracia tendría?

Actriz 2.ª — Y sí que la tiene.

Lulú — (Riendo) — No puedo dejar de reírme al pensar en esa escena.

Caballero 2.º — (Entusiasmado) Pero... ustedes se figuran, verdad?

Jorge — Pero, cómo se explica que esa muchacha fuera inocente hasta el punto de...?

Caballero 1.º — Es increíble.

Caballero 3.º — Eso parecería

natural en otro tiempo... allá cuando Pablo y Virginia.

Lulú — Si hoy las muchachas nacen sabiendo esas cosas...

Actriz 1.ª — No ignoran nada.

Actriz 3.ª — Quién cree en eso de la inocencia...

Caballero 2.º — Pues lo cierto, señoras y señores es que así sucedió. Me consta de la manera más positiva. (*A Jorge*) Hombre, pregúntaselo á Castellanos... Dile que te cuente el caso. El lo conoce bien.

Jorge — En fin... Habrá que creer que la inocencia existe todavía para ciertas doncellas.

Caballero 1.º — Yo la creía pasada de moda enteramente.

Lulú — La inocencia, como la

virtud, me parece un anacronismo...

Caballero 3.º — Muy bien dicho, Lulú.

Jorge — Bien por la frase.

Actriz 2.ª — Lulú se está volviendo literata.

Lulú — Sabes que siempre lo he sido un poquito.

Caballero 2.º — Ah! Pero Vds. no saben lo mejor del caso...

Caballero 1.º — Cómo?

Actriz 3.ª — A ver... á ver...

Jorge — Cuenta eso.

Caballero 2.º — Sucede que, cuando él volvió á la noche siguiente — porque la cosa le había entusiasmado al hombre...

Caballero 3.º — Me figuro.

Caballero 1.º — No era para menos...

Jorge — Un bocado, así no se encuentra todos los días. Sigue.

Caballero 2.º — Pues, cuando á la otra noche volvió le dice ella, al oido, muy en secreto... (*Imitando el gesto que evoca, pronuncia algunas palabras en voz baja*).

(*La concurrencia estalla en una carcajada*).

Caballero 3.º — Es realmente portentoso... extraordinario!...

Actriz 1.ª — (*Riendo*). Yo no puedo más...

Actriz 2.ª — Y yo me ahogo...

Actriz 3.ª — (*Igual*) En mi vida no me acuerdo de haberme reido tanto.

Lulú — (*Apurando un vaso de ajenjo*) Por la inocencia de Clarita!...

Caballero 1.º — Bebamos todos por la inocencia de Clarita...

Caballero 2.º — Y por la virtud.

Actriz 3.ª — Esos dos anacronismos, como diría Lulú. (*Todos beben*).

Lulú — Les confieso, mucha-

chos, que estoy un poco achispada.

Actriz 1.ª — A mí, el ajenjo se me ha subido enteramente á la cabeza.

Actriz 2.ª — La verdad es que hemos bebido demasiado.

Caballero 3.º — A beber, chicas, á beber...

Caballero 2.º — El ajenjo es lo mejor que hay en el mundo, después de las mujeres.

Actriz 3.ª — Ay! No puedo beber más... Me voy á poner borrracha del todo...

Caballero 1.º — No, no dejes el vaso por la mitad, acábalo...

Actriz 3.ª — No, no quiero.

Caballero 1.º — Apúralo, mujer.

Actriz 3.ª — No, si te digo que no.

Caballero 1.º — Vaya, tonta, cuando te digo que lo acabes... (*Quiere obligarla á beber; ella resiste, el vaso se vuelca*).

Actriz 3.ª — ¡Ay, mi vestido... (*Se levanta*). Ves? Tú tienes la culpa... Eres un grosero... un insopportable... Me has echado á perder el traje. (*Se limpia*).

Caballero 1.º — No es nada. Te regalaré otro. Te has enojado por eso?

Actriz 3.ª — (*Sentándose*). Contigo? No, no puedo enojarme. (*Le pasa un brazo por el cuello y lo besa*).

Caballero 3.º — Á ver tú, Jorge, que eres poeta, improvisa algo sobre el ajenjo.

Actriz 2.ª — Eso es... eso es... un canto al ajenjo.

Actriz 1.ª — Vamos á oír.

Caballero 2.º — Silencio.

Jorge — (*De pie, con una copa en la mano*) ¡Oh, tú, magnífica hada verde...

Caballero 1.º — No, no, eso del hada verde es muy viejo, todos lo saben.

Lulú — Queremos algo nuevo.
Actriz 2.ª — Sí, sí, algo nuevo.

Caballero 2.º — Oigamos.

Jorge — Oh, tú, divino ópalo fluido...

Caballero 3.º — Muy bien, muy bien.

Lulú — Divino ópalo fluido...
Sigue!

Jorge — ... con que los dioses benignos quisieron dotar nuestra miseria humana. ¡Oh, sublime nefente, que á los hombres transportas al Eliseo de una radiante venturanza!... ¡más precioso que el leteo de la fábula, pues no sólo concedes al olvido, sino también ofrendas la realidad de las quimeras!... Maravilloso filtro que pones en nosotros la vibración augusta de mil alas, yo me entrego á tu numen!... Yo seré el corifeo de las almas que te bendicen! Príncipe del Ensueño: acógeme en la isla encantada de tus predilecciones!... He dicho.

(*Aplausos, gritos*).

Lulú — (Palmoteando) Bravo!... bravo!...

Caballero 1.º — Muy bien...

Caballero 2.º — Soberbio!

Caballero 3.º — Muchachos: se me ocurre una idea.

Caballero 1.º — Qué idea? Di.

Caballero 3.º — Que debíamos ir todos esta noche al baile de máscaras.

Actriz 1.ª — Eso es... eso es.

Actriz 2.º — Sí, es una gran idea.

Jorge — Yo opino que debemos ir...

Lulú — Sí, sí, vamos... Es cosa hecha.

Actriz 1.ª — Yo me pondré el traje de colombina.

Caballero 1.º — (A *actriz 3.ª*) Tú, aquel de Geissa que te sienta maravillosamente, eh?

Actriz 2.ª — Yo, ya saben...

De chula. El mantón y los clavos...

Caballero 2.º — Olé!

Lulú — Yo no digo nada, todavía. Les voy á preparar una sorpresa.

Caballero 3.º — Mejor que mejor.

Actriz 3.ª — Así es que hay que irse arreglando.

Actriz 1.ª — Sí, vamos.

Jorge — Lo mejor es que nos reunamos todos aquí y vayamos á cenar juntos.

Lulú — Si, ustedes pueden venir á buscarnos.

Caballero 1.º — Sí, quedamos convenidos.

Actriz 2.ª — Hasta luego. (*Vanse todos, menos Jorge y Lulú*).

ESCENA II

LULÚ Y JORGE

Jorge — Ya es casi de noche. Estamos á oscuras.

Lulú — Con encender la luz... (Gira la llave de la luz eléctrica y enciéndese una araña, colgada en el centro de la estancia).

Jorge — (Consultando el reloj). Las siete.

Lulú — (Se pasea, cantando) Ah! nos vamos á divertir en grande.

Jorge — Ha sido una suerte que no funcione esta noche el Casino. Como es carnaval...

Lulú — Sí, así tenemos toda la noche libre. (Pequeña pausa). En una noche como ésta, el año pasado, asistí en Madrid á un gran baile de trajes. Pero fué un baile regio, aristocrático en casa de la marquesa de... de... en fin, no recuerdo el nombre de la marquesa. Sólo sé que era enormemente gorda, y apareció en el salón con un traje

horriblemente verde, y además pintada... al óleo, como un cuadro... Ah! estas marquesas... Y luego se burlan de nosotras... Excuso decirte que asistí enteramente de incógnita. Me llevó un muchacho, muy guapo y muy alegre, un abogado que gozaba de cierta intimidad acerca de la marquesa. Como prometí no descubrirme, me llevó, presentándome en calidad de alta dama. Y fuerza es confesar que representé mi papel á las mil maravillas. Fui la reina de la fiesta. Todos se preguntaban quién sería. Y tentada estuve de hacerle traición á mi amigo, descubriendome... (Ríe para sí, ante la evocación).

Jorge — (Que se ha sentado en el sofá) Qué traje te pondrás luego?

Lulú — No, no quiero decírtelo... Me lo verás... Es una sorpresa.

Jorge — Siempre el misterio, verdad? Toda tú eres una sorpresa. No te pareces á ninguna de las mujeres de tu clase...

Lulú — Las mujeres de mi clase?... Lo has dicho así, con cierto tonillo despectivo, eh? Las mujeres de tu clase?...! Si, ya conozco el criterio con que ustedes, los jóvenes burgueses juzgan estas cosas... Pero me rio de eso! No creo que ninguna de vuestras mujeres virtuosas, valga un comino más que yo. No me cambiaría por ninguna. Pero, ustedes también pertenecen á una clase, como tú has dicho. Y sin duda cada clase tiene su manera de ver las cosas. Lo que no te concedo es el derecho á despreciarme.

Jorge — No he querido decir eso. Has interpretado mal. Sólo quise decir que te distingues de

la mayoría de las artistas y de las que hacen como tú, vida de libertad.

Lulú — (Mirándose al espejo) Y... en qué crees tú que me distingo?

Jorge — No sé... no podría decir precisamente por qué. Pero tú, tienes un algo, que no he hallado en ninguna de las que he conocido. Un algo, ¿cómo diré? — velado, misterioso..., atrayente... Eres una criatura divina y ligera como una burbuja. Hay en ti la levedad de una caricia furtiva, pero tienes también de la caricia, la vibración perturbadora y honda. Tu ingenuidad es otra maravilla...

Lulú — (Sentándose junto á él) Me crees, pues, muy ingenua?

Jorge — Como una niña...

Lulú — (Riendo) ¿Estás seguro de que no te equivocas?

Jorge — No, eres ingenua, aparte de ser viciosa. Tú no conoces la perversión satánica del pecado. Todo lo malo que hay en tí, todo lo vicioso, lo dejas transparentar, lo ostentas con la pasmosa inconsciencia del que no conociera el bien ni el mal. Tú tienes la transparencia de las piedras preciosas.

Lulú — Gracias. Es muy hermoso ser como una piedra preciosa.

Jorge — En apariencia, tú eres como todas. Pero, en el fondo, hay ese algo extraño, indescifrable, que te distingue de todas las otras. En todo caso no eres nunca una mujer vulgar. Todos tus actos, tus palabras, tus gestos, están impregnados de ese algo, que yo no acierto á definir. Tienen así como una significación oculta. Parece que al andar, al hablar, al cantar, al

reir, al ejecutar los actos más vulgares, cumplieras ritos extraños, de un esoterismo trascendente... Tú no comprendes esto, verdad?

Lulú — Oh, sí, un poco... Yo siempre comprendo, aunque no pueda expresar. Pero, ya sabes que me gusta oírte... Sobre todo, cuando unas copas de ajenjo te han inspirado, como ahora...

Jorge — Y es sin duda por eso que has llegado á encantarme, como ninguna mujer supo hacerlo hasta hoy. Yo, que he conocido ya á tantas mujeres, no he hallado ninguna como tú, tan deliciosamente frívola y misteriosa (*Breve pausa*) Y es por eso, que quisiera retenerete... ¿Sabes? algún tiempo...

Lulú — (*Poniéndose de pie*) Retenerme? ¡Retenerme, á mí! ¡Oh, quién es capaz de retenerme? (*Andando*) Naci para volar... Naci para ser libre, como el viento. ¿Quién es el osado que quiere aprisionarme? Me gustan todas las flores que hay en el mundo... Nunca libo dos veces en una misma flor. Mis caprichos cambian cada día... El amor que nació por la mañana, á la tarde está marchito... Tengo envidia á las nubes, esas nubes tan blancas como copos, que eternamente viajan por todos los cielos, y que cambian de forma á cada instante. ¿Y tú quieres retenerme? (*Ríe*) Ah, ah, es muy gracioso! Te quiero hoy..., ya sabes que te quiero. Me pareces el mejor de todos. Ninguno veo que me guste tanto como tú. Si tú no me quisieras, me daria tanta pena, que no podría cantar. Pero, mañana... Ah! ¿Sé yo acaso si te querré mañana? Quizás cuando vuelva á mirarte ya no me

parezcas el mejor. Retenerme! Quiéreme ahora... ahora... Goza del amor que te ofrezco... La hora que pasa es tuya... toda tuya... Vívela! Apúrala, amigo mío! El mañana... qué importa!... (*Vuelve á sentarse junto á él y lo abraza*).

Jorge — Eres como un juguete, frágil y peligroso...

Lulú — No, ¿sabes cómo soy yo? (*Tendiéndose en el sofá y cruzando las manos en la nuca*). Yo soy como una planta... muy extraña, que hay allá por la India, yo no me acuerdo el nombre... Me contaba de ella un marino, un pobre capitán francés que había viajado mucho por aquellas tierras. Pobre capitán! Me adoraba... Estaba loco por mí... No sé por qué, por un capricho, tal vez porque no me gustaba su barba demasiado larga, no sé, pero fui siempre muy cruel con él; lo tenía para que me contara cuentos, historias de viajes y de países raros... Aquejillo me deleitaba mucho, pero su barba no me gustaba... Qué le vamos á hacer. Bueno. Qué te decía? Ah, sí, la planta, hablábamos de la planta. Pues, sucede que esa planta tiene en la extremidad de sus hojas, algo semejante á un cartucho... Dentro del cartucho hay miel — ¿sabes? una miel que segregá la planta. Bueno. Los insectos acuden — naturalmente, atraídos..., penetran en el cartucho...; entonces, éste se cierra... el insecto muere... Entonces la hoja vuelve á abrirse... Y así otra vez... y otra... y siempre... Es delicioso, verdad?

Jorge — Y tú te pareces á esa planta?

Lulú — ¿No le hallas cierto parecido?

Jorge — ¿Estás borracha, Lulú?

Lulú — O sino no, mira... Mejor... Yo soy como un río, soy como un río que corre cantando, entre márgenes vigiladas por árboles muy viejos, muy serios... muy rígidos... Las flores que se asoman á la orilla, los viajeros que se inclinan hacia la corriente... las nubes que pasan por allá arriba... las estrellas en las noches serenas... todo, todo lo refleja en sus aguas. Pero no puede detenerse... Corre, corre siempre cantando, corre eternamente... hacia dónde?... qué importa!

Y, he aquí lo que ocurre: A veces cae una flor... y se la lleva. A veces es un hombre que cae y... se lo lleva también, 'sabes?

Jorge — Se lo lleva?

Lulú — Si, se lo lleva... Las que no caen nunca son las estrellas, las pícaras; lo miran desde allá arriba y le hacen guíñadas. ¿No has notado cómo nos hacen burla las estrellas? Claro! Como están tan altas pueden ver cosas que nosotros no vemos... Les tengo envidia y quisiera que se apagaran todas. (*Pequeña pausa. De pronto, levantándose*) Vamos pues, al baile esta noche?

Jorge — (*De pie*) Naturalmente. Yo voy á cambiarme el traje y vuelvo.

Lulú — Y... dime una cosa. Por qué vives en casa de tu familia? No te es, hasta cierto punto, incómodo?...

Jorge — Qué quieres... Vivo con mi madre. La pobre está enferma del corazón y su vida se halla á cada instante, en peligro. Yo fui siempre su hijo mimado. Y ella es para mí un objeto de veneración; más aún, algo como un ídolo de pureza...

Lulú — ¿De pureza?

Jorge — Si. Porque debes saber, Lulú, que aunque aquí, entre amigos, se burle uno de la virtud, cuando se encuentra frente á su madre, se comprende cuanto de sagrado hay en ella.

Lulú — (*Irónica*). Es posible...

Jorge — Yo sigo siendo para mi madre tan niño como cuando tenía diez años. ¿Comprendes tú esto?

Lulú — En fin; tú obedeces á tus sentimientos... como yo á los míos. Está bien.

Jorge — Basta. No hablemos más de ello. Casi me parece profanación hablar de mi madre, aquí... Es un nombre sagrado.

Lulú — (*Riendo*) En verdad que pareces un niño.

Jorge — Bueno, voy á ponerme el frac. Dentro de veinte minutos estoy de vuelta. Tú, en tanto, nos preparas esa sorpresa. (*Váse*)

ESCENA III

LULÚ, LUEGO, LA SEÑORA DEL VALLE

Lulú — (*Sola. Pasa á la parte de la estancia oculta por el biombo. Al instante vuelve á aparecer, en corsé, con una falda corta, de seda roja. Canta en voz baja; da una vuelta por la estancia, frente al espejo se detiene y, ajustándose la falda con las manos detrás, hace varias reverencias.*) ¡Oh, buenas noches, señorita Lulú... ¿Cómo está usted? Piensa usted divertirse mucho esta noche? Qué traje se va á poner usted? Me parece que está usted un poquito... borracha, señorita Lulú... Oh, esto no está bien. Pero no, no crea usted que voy á hacerle cargos,

eh? A usted todo le está permitido... Como que es usted tan linda. Ah, es usted la más linda de todas... Señorita Lulú, permítame que le dé un beso (Se acerca al espejo y lo besa. Luego se aparta y arrojándose en un sillón, rompe a reír a carcajadas. La puerta se abre, silenciosamente, y la señora del Valle entra en escena. Viste totalmente de negro, las manos enguantadas y cubierto el rostro por un espeso velo. Se detiene junto a la puerta después de haberla cerrado).

Lulú — (Sin haberla sentido; levantándose). Ea! Esto no es formal. Estoy haciendo cosas de chicuela. Hay que pensar en arreglarse. (Ante el espejo). Ante todo... Este pelo... así... recogido hacia arriba y prendido con unas horquillas... Eso es... Muy bien... Luego, con el boñete que cubre todo... Soberbio! (Da unos pasos hacia el fondo. Viendo a la enlutada, lanza un grito y se detiene) Ah! (Pausa. Temblando) Quién es...?

La señora — (Adelanta unos pasos, muda).

Lulú — (retrocediendo) No se acerque!... Voy a gritar... Quién es usted!

La señora — No soy más que una pobre mujer. (Se descubre el rostro; un rostro pálido, ajaado, dolorido. Tiene cabellos grises. Silencio).

Lulú — Qué quiere usted?

La señora — Vengo a hablar con usted de cosas graves...

Lulú — (Hace una mueca; luego, duramente) ¿Y por qué ha entrado aquí de esta manera? Me ha dado usted un susto terrible.

La señora — Le ruego que me escuche un instante. Tengo prisa y el motivo que me trae es muy grave.

Lulú — No lo dudo. Pero, espere usted que tome un vaso de agua. (Luego de haber bebido, sentándose junto a la mesa) Siéntese usted. Qué tiene usted que decirme?

La señora — (Se sienta; revela estar agitada, turbada; mira con inquietud a su alrededor; se pasa con frecuencia la mano por los ojos; después de una pausa, dice). Aquí se está cometiendo un gran crimen, un crimen nefando, señorita...

Lulú — (Asombrada e incrédula) Un crimen?...

La señora — Si, sí, un crimen... Algo horrible y repugnante... Pero usted no es culpable... El, tampoco es culpable... Los dos ignoran... Pero, yo sé... Por eso he venido... Era menester que viniera...

Lulú — Hable, hable usted. Me tiene perpleja.

La señora — (Más agitada aún, como sofocada) Es preciso que usted sepa... usted no puede... no puede ser la... amante de Jorge... porque Jorge... señorita, es su hermano!...

Lulú — Eh? cómo? qué dice usted?

La señora — Sí, usted y Jorge son hermanos... ¡hermanos! Han nacido de la misma madre. Han nacido del mismo vientre... ¡Son hermanos, Dios mío! ¿No comprende usted?

Lulú — (Con una carcajada) Pero, qué significa esto?

La señora — No se ría usted, por Dios, no se ría usted. Está usted delante de su madre!

Lulú — (De pie) Mi madre? usted? ¡Nunca vi a mi madre! Cuando naci me abandonaron... Me he criado, cuando niña, en casa de unas gentes cualquiera! y luego, he rodado, sola, por el

mundo... ¿Y ahora viene usted
á decirme que es mi madre?

La señora — Soy su madre, se-
ñorita, soy su propia madre. Es
usted hija de mi amor y de mi
dolor. Es hija del pecado. (*Ba-
jando la voz*) Aún era soltera,
tenía veinte años, caí en brazos
de un hombre, por una debilidad
que nunca he acertado á expli-
carme... De un hombre que no
podía ser mi esposo... porque
era el esposo de otra... Y de
esa falta, de esa caída, nació us-
ted... (*Pequeña pausa*) El hom-
bre exigía que eso no se supie-
ra... Mis padres me enviaron
al campo... Allí di á luz...
Después, todo se ocultó... Us-
ted fué entregada á unas gentes,
mediante una cantidad de dine-
ro; á los Margat, de quienes ha
tomado usted el nombre... Nun-
ca vi á usted. Pero he sabido
muchas veces noticias suyas...
Ahora... (*Se calla, sofocada,
llevándose las manos al pecho.*)

Lulú — (*Se levanta y da una
vuelta en torno de la señora, ob-
servándola y meneando la cabe-
za*) De modo que, ahora resulta
que es usted mi madre... (*Can-
tando*) La - ri - la - ra... La - ra -
la - ri... Está muy bien... Si,
señora... (*Se sienta en el mismo
lugar y enciende un cigarrillo*).

La señora — Señorita, le rue-
go que guarde un poco de más
respeto. ¿No se siente usted un
poco conmovida por todo esto?

Lulú — Vaya, me causa mu-
cha gracia...

La señora — Y ni el saber
que Jorge es su hermano, y que
ustedes han podido... ¡Oh,
Dios! (*Se cubre el rostro con las
manos*).

Lulú — En mi vida he visto
cosa más divertida. Le juro.

La señora — (*De pie*) Diver-

tida? A usted le divierte esto?
Cuando debiera estar horro-
zada por el delito nefando que...

Lulú — ¿Delito? ¿De qué delito
me habla usted, señora?

La señora — No me lo pre-
gunte usted. Todo está aquí con-
taminado, maldito, por la pre-
sencia monstruosa del incesto.
Mis labios pueden apenas pro-
nunciar la palabra...

Lulú — Toma usted las cosas
muy á pecho, señora...

La señora — Y bien... No
puedo detenerme más... Jorge
va á llegar de un momento á
otro... Yo no he venido más que
á esto. No por verla á usted he
venido. ¿Qué amor puede inspi-
rarme una perdida como usted,
aunque sea hija mía?

Lulú — Una... perdida? Lo
acepto. Pero, es curioso que ven-
ga usted á decirmelo... Usted,
que al nacer, me arrojó á la ca-
lle, como á una basura.

La señora — Era usted una
hija del pecado... y estaba us-
ted maldita.

Lulú — Ah, sí? Sin duda que
cuando se acostaba usted con
aquel señor que fué mi padre, no
pensaba usted lo mismo... Y,
á propósito, debió ser un buen
mozo, eh? Me es grato, después
de todo, saber que mi padre fué
un seductor, y un alegre cala-
vera...

La señora — Basta! (*Pequeña
pausa*) Y ahora que sabé usted
esto, espero que no vuelva á re-
cibir á Jorge.

Lulú — Pss! Franeamente, le
declaro que todo esto no ha modi-
ficado en lo más mínimo mi ma-
nera de sentir respeto á Jorge...

La señora — Cómo?

Lulú — Para mí, es siempre el
mismo tipo seductor... Me sigue
gustando como antes.

La señora — Esté usted haciendo escarnio de las cosas más sagradas... No creo que su corrupción llegue hasta el punto de no importarle que Jorge sea su hermano. Su deber, señorita...

Lulú — Mi deber? No sé... ¿Qué es eso del deber? Nunca lo he conocido. No sé de lo que usted me habla. Yo no hago más que mi capricho. No concibo que nada pueda oponerse á mis placeres.

La señora — (*Crispando las manos*). Es horrible!...

Lulú — En el mundo donde usted vive, señora, habrán deberes. En el que yo vivo no se conocen. Eh!, venirme á hablar de deberes á mí! Era lo único que faltaba!...

La señora — (*Con desesperación*). Pero no es posible! No es posible! Yo he venido aquí, haciendo un esfuerzo supremo, á decirle á usted esto, para impedir que ese crimen se siga cometiendo... Yo no puedo confesarle esto á Jorge, á mi hijo, no puedo... Por eso he venido aquí... para que usted, inventando una causa cualquiera, acabe las relaciones...

Lulú — (*Levantándose*). Señora: de mí no espere usted nada. Entre nosotras dos no hay acuerdo posible. Usted es la *mujer honrada*. Yo soy la perdida, verdad? Sea. Somos, pues, enemigas. Mi ley niega la suya. No puede haber nada común entre nosotras. (*Se aparta*).

La señora — (*Juntando las manos, en el colmo de la tortura moral*). Pero, cómo podré yo dormir esta noche, pensando que aquí, el incesto nefando, clama al cielo!... Cómo podré vivir un dia más, dejando que tal cosa suceda?... (*Retorciéndose las*

manos). Porque yo no puedo, no puedo confesarle esto á Jorge... (*Dejándose caer en un asiento, ahogada*). ¡Ah, tenga usted al menos compasión de esta pobre mujer.

Lulú — (*Paseando*). Compasión? Nadie en el mundo la ha tenido conmigo... Ni usted siendo mi madre. Cuando era muy pequeña, y vivía en casa de aquellas gentes miserables, me obligaban á pedir limosna por las calles, me laceraban el cuerpo á golpes, me hacían sufrir mucha hambre, y dormía en un rincón asqueroso, junto á las bestias. Y siendo niña aún, cuando tenía once años, me llevaron á un burdel, y allí comerciaron con mi cuerpo, mi pobre cuerpecito de niña. Nadie tuvo compasión de mí. Nadie me protegió. Pasé días de hambre y días de llanto, y días de rabia. Ah! Y sólo cuando comprendí que era bastante bella para dominar á los hombres con mi belleza, comencé á ser dichosa. No debo á nadie nada. He tenido que luchar desesperadamente con la vida. Si he triunfado, á mí sola lo debo. Usted, mi madre, me abandonó al nacer. Era una hija de la vergüenza. Al amor que me engendró le llama usted pecado. Nací contra su voluntad. (*Bajando la voz*) Y si usted no hubiera tenido miedo por sí misma, me hubiera aniquilado antes de nacer, en su vientre, para librarse de la infamia... Ah! (*Se dirige á la mesa. Se sirve un vaso de ajenjo y bebe. Luego, agrega*.) Confiese usted, señora, que he conquistado el derecho de reírme de todas las cosas humanas.

La señora — (*Anonadada en su asiento, asfixiándose*.) Quiere

usted darme... un poco... de agua...?

Lulú — Oh, sí. (Sirve agua en un vaso y se lo presenta. Ella bebe.) Se siente enferma?

La señora — No es nada... (Indica el pecho.)

ESCENA IV

LAS MISMAS Y JORGE

(Sé siente abrir la puerta. La señora se pone vivamente de pie, se cubre con el velo, y retrocede unos pasos, hacia la izquierda.)

Jorge — (Entrando, de frac y chistera; trae el sobretodo al brazo.) Y...? Qué tal esa sorpresa? ¿Aún no te has vestido, *Lulú*? (Avanza hasta la mesa y ve á la señora. Sorprendido.) Eh! (A *Lulú*) Quién es esa?

Lulú — (Sentándose en el borde de la mesa) Esa? Es mi madre.

Jorge — (Asombrado.) Tu madre?...

Lulú — Si, hombre, es mi madre. Qué te asombra?

Jorge — Vaya, déjate de bromas.

Lulú — Pero es que yo también no puedo tener madre?

(La señora, en silencio, lentamente, se dobla sobre las rodillas, apoyada en el respaldo de una silla, inclinando la cabeza sobre las manos).

Jorge — (Que la mira, estupefacto) Qué significa esto?

Lulú — Ps! Tonterías. ¿Qué quieres que signifique?

Jorge — (Da dos pasos hacia la enlutada y la observa. Silencio.

La señora — (Levantando la cabeza, con débil voz) Perdón, Jorge!

Jorge — (Precipitándose hacia ella) Qué! Eres tú?... Responde! Eh?

La señora — (Poniéndose de pie, y descubriendo el rostro) Sí, soy yo...

Jorge — (Frenético) Tú! Tú! Pero, tú!...

La señora — (Da dos pasos, y se deja caer en el sofá) Perdón, Jorge.

Jorge — (Fuera de sí) Pero, habla! dime! ¿qué es esto?

La señora — (Cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás en voz muy baja) He pecado, Jorge... He pecado.

Jorge — Has pecado... Qué quieres decir? Luego, es verdad? Luego... ella... ella...

La señora — Ella es tu hermana.

Jorge — Mi hermana!... (Breve pausa. El mira á *Lulú*, con estupor. *Lulú*, sentada al borde de la mesa, sonríe, y balancea una pierna. El interroga á su madre, con apremiante angustia). Pero, ¿cómo? dime... cómo?

La señora — Fué madre... Antes del matrimonio.

Jorge — Y fué mi padre...?

La señora — No, fué otro hombre.

Jorge — Quién?

La señora — Otro... otro... No me pregunes, Jorge.

Jorge — (Después de un silencio) Es posible? es posible? Tú? tú? Mi madre? tú, la pura... tú, la santa? Tú, la que no tenías ni una sombra en la conciencia?...

La señora — He pecado... He caído.

Jorge — Luego, tú eres como todas... Luego eres como una mujer cualquiera... Has tenido amantes... Tienes hijos en el arroyo... Dime: ha sido acoso ese tu único amante? Seguramente has tenido otros... Seguramente tengo por ahí hermanos

á quienes no conozco. Dime, al menos, tengo yo, yo mismo, de recho á llevar el nombre de mi padre?

La señora — (Sofocada, llorando en silencio) Jorge! Jorge!

Jorge — Ah, si . . . si . . . (Se deja caer en un asiento con la cabeza entre las manos. De súbito se levanta). Ah! (Mira á Lulú, como horrorizado. Luego, á su madre). Y has dejado que esto sucediera? Dime! Has permitido que el crimen se consumara?

La señora — Yo no sabía . . . yo no sabía . . .

Jorge — No sabías qué?

La señora — Vuestras relaciones. Recién . . . hoy . . . supe . . .

Jorge — Ah! Y pensar que esto ha podido suceder. (Andando, agitadamente, á grandes pasos). Pensar que . . . Ah! Lulú . . . Me da vergüenza mirarte . . . Pensar que eres mi hermana y que . . . Ah! No podré mirarte de frente . . . No podré encontrarme contigo á solas . . . Creo que casi no podré dejarte vivir . . . Siento todo el recuerdo de lo que ha pasado entre nosotros, como una llamarada de bochorno que me sube al rostro y me enloquece el cerebro. No me mires, Lulú, no puedo sufrir que me mires . . . En tus ojos, en tu cuerpo, en el aire que respiras, aún hay esfuvios de la abominación. Ah! Ah! Ah!

La señora — (Levantándose con las manos en el pecho, ahogada, con los ojos fuera de las órbitas).

Jorge . . . No puedo más . . . Me ahogo . . . Mi vida se acaba . . . Falta el aire . . . El . . . corazón . . . No . . . puedo . . . Perdóname . . . Jorge . . . (Extiende los brazos, crista las manos, lanza un grito sordo y cae inanimada sobre el sofá).

Jorge — (Lanzándose hacia ella,

fuera de si.) Madre! madre! madre! (La mueve, la toma el pulso, la ausculta el corazón, permanece un instante inclinado sobre ella; luego se yergue, pálido, mudo, descompuesto.)

Lulú — (Asustada.) Habrá que llamar un médico.

Jorge — Es inútil. Ha muerto.

Lulú — (Perpleja.) Muerto?

Jorge — (Cayendo de rodillas junto al cadáver y rodeándole con sus brazos.) Muerta! muerta! ¡Oh, pobre vieja mia, la muerte la ha limpiado de toda culpa... No hay pecado . . . No hay más pecado, pobre vieja querida. Pura, pura como antes yo puedo besar sus manos, sus manos y reclinarme en su regazo, como cuando era un niño . . . ¡Oh, santa! santa! santa!

Lulú — (Que permanece inmóvil, embargada por el estupor, con la mirada fija en el cadáver, dice al cabo con supremo sarcasmo) Santa . . . Santa . . . (Quiere como reir y hace una mueca. Se cubre el rostro con las manos y da unos pasos. Se sienta. Después de un instante se levanta estremecida por una idea súbita, exclamando) Ah! comprendo! ahora comprendo! (Andando agitadamente, presa de una angustia insostenible) He aquí lo que debo á mi madre . . . El corazón enfermo! . . . La muerte que acecha! La muerte que me sigue los pasos . . . Esto es lo que le debo!

Jorge — (Que se ha puesto de pie y la mira) ¿Qué dices?

Lulú — Los ahogos . . . los ahogos . . . ese peso extraño . . . los dolores . . . las fatigas sin causa . . . todo eso, sí, ahora lo sé, todo eso es el corazón que quiere romperse . . . que se romperá algún dia . . . (Echándose en un

asiento, retorciéndose, desesperada) Ah! ella era bien mi madre!... A través de todo, viñiendo de los extremos más opuestos de la vida, á través del destino yo estoy unida á ella por ese mal terrible que he heredado... Es la muerte que llevo aquí (*Oprimiéndose el pecho*)... aquí, conmigo... Es el corazón que aletea como un ave herida, que se desangra... Hoy... luego, mañana, quién sabe, en medio de una fiesta yo quedare muerta. Ah! La muerte me sigue como mi sombra... La siento! La veo! Ah! He aquí, pues, lo único que le debo á mi madre.

Jorge — (*Estupefacto, balbuceando*) Tú... tú sientes...? tú sientes, deveras? Entonces... quizás... yo. Ah! Quizás yo, también...?

ESCENA FINAL

(*La puerta se abre violentamente y entran todos los personajes de la escena primera. Ellas disfrazadas. Ellos de frac. Rien y producen grande algazara*).

Jorge — (*Avanzando unos pasos y deteniéndolos con el ademán*). Silencio!

Lulú — (*Levantándose y yendo á ellos*) ¡Oh, Esperadme... Yo voy... Yo también voy con ustedes.

Jorge — (*A Lulú*). No, tú no vas... Tú no puedes ir.

Lulú — Yo quiero ir. ¿Con qué derecho me lo impides?

Jorge — (*Señalando el cadáver*). Tu madre!

Lulú — (*Después de una pausa, con ademán solemne*) — La perdonó!...

Jorge — Quédate, Lulú.

Lulú — ¡Oh, ni un instante más... Yo soy una extraña..

Yo soy una perdida. ¿Para qué quieren el llanto de una perdida? Nada tengo que ver en vuestro dolor. Dejadme ir... Le tengo horror á la muerte... No puedo ver tristezas... (*Abre el guardarropa, y febrilmente, saca varios trajes, que arroja al suelo; al fin elige uno; pasa detrás del biombo. Hay un momento de silencio. Los personajes que acaban de entrar permanecen en el fondo, asombrados y mudos, Jorge está en medio de la estancia inmóvil*).

Lulú — (*Reapareciendo, ya con el traje puesto, arreglándose aún, un poco sofocada*). No puedo sacrificaros ni un instante de felicidad... Ni uno solo de mis placeres... Y ahora... ahora, sabiendo que llevo en mí el terrible peligro... (*Saca del guardarropa una capota fantástica, y se la pone*). El miedo á la muerte me expolea... Más desenfrenada que nunca, yo quiero gozar la vida, yo quiero gozar locamente la vida, gozarla hasta su último espasmo... Quién sabe si viviré mañana!... (*Se pone el antifaz y se mira al espejo del guardarropa*). Lulú Margat... ¿no sabes que quieren obligarte á llorar á tu madre? Pero, es que tú tienes madre? Ah, Lulú... No quieras saber nada de ese dolor! No quieras saber nada de esa tristeza! Que todo sea alegría! Debes reír más que nunca! más que nunca! Ríete de la muerte, de la misma muerte! Aléjala con tus risas... (*Abriendo los brazos*) Lulú Margat, acaba tu vida con una carcajada!... (*Vase. Los demás la siguen. Jorge queda en medio de la escena, contemplando el cadáver de su madre*).

TELÓN

Dionisio Domínguez

La eterna destructora de vidas, la inexorable tronchadora de esperanzas y de idealidades, se ha revelado una vez más fiera e injusta, arrastrando á la soledad y el silencio de la tumba la existencia del joven compañero cuyo nombre sirve de epígrafe á estas líneas y cuyo retrato publicamos.

Era un sincero! Era un privilegiado! Su vida fué todo un poema sentimental. Su alma, de una sensibilidad exquisita, se estremecía de sentimiento toda y cada vez que llegaba á su corazón el eco de una queja.

Su amistad se hacía carne en el corazón de quienes lo trataban.



Era un sincero! Era un privilegiado!

Dejó la vida cuando empezaba á vivirla; cuando sus 22 años por el mundo habían derramado el perfume de sus bondades infinitas y el sahumero de sus esperanzas de un futuro de conquistas — y puede que de glorias — alcanzadas con su talento que empezaba á revelarse el de un poeta grande y sentimental como lo prueba el soneto que APOLÓ hace suyo.

Sobre su tumba podrían grabarse estas palabras:

Aquí yace un niño-hombre que tenía la inteligencia en el corazón!



DE MIS NOCHES . . .

Ritornelos

Como una paloma que remonta el vuelo,
Que sube y se pierde por el firmamento,
Cruzas majestuosa por mi pensamiento
Como una paloma camino del cielo.

En vano pretendo seguirte mi anhelo,
Mis alas ya rotas no azotan el viento!
Te claman mis quejas, y morirme siento,
Como un ave herida tumbada en el suelo.

No sé qué dulzuras tienen mis tristezas
Cuando por mis noches á cruzar empiezas
Como una paloma camino del cielo.

Cuando de mis noches te vas alejando
Se queda mi alma gimiendo, temblando,
Como un ave herida tumbada en el suelo.

D. DOMÍNGUEZ.

Lacrimæ

El cobarde que oculta su rostro
Por haberme arrojado su infamia,
Y me tiembla, me implora, me gime, me huye,
Porque ve que mi dedo de Dios lo señala ;

El lacayo de torpe librea,
Que me adula, se inclina y se arrastra,
Porque á ocultas se ha puesto mi túnica, y teme
Que mi látigo altivo le cruce la cara ;

El tirano que al verme sonroja,
E impotente sofrena su rabia,
Porque el arco triunfal de mi lira de fierro
En su frente una huella profunda dejara ;

El que besa mi mano y me aplaude,
Acallando una envidia que guarda,
Y que lleva en el cinto un puñal escondido,
Y al brindarme un abrazo me hiere en la espalda ;

El hambriento hombre fiera que afila
En el fétido abismo sus garras,
Para echarme el zarpazo y beberme la sangre
Cuando un día descienda, tropiece ó me caiga :

Dignos son de desprecio y de odio,
Pero dignos también de mi lástima,
¡Cómo pueden librarse de tanta miseria
Si no tienen conciencia, cerebro, ni alma !

OVIDIO FERNÁNDEZ Ríos.

Montevideo.

El espejro

Para APOLO.

El airc era sutil. En el sonoro,
místico bronce del tejar vecino
se apagaba el fulgor ya mortecino
de aquella tarde que hubo sido de oro.

En la pradera gris bramaba un toro
á las sombras errantes del camino,
y en la muerta piscina del molino
las ranas prorrumpieron en su lloro.

Descendió con la noche la sombría
desesperanza de un cereano duelo,
y en aquella hora aciaga de agonía

como un espejro de tu amor perdido,
una estrella fugaz cruzó en el cielo,
fatalmente... con rumbo hacia el olvido !

JUAN PICÓN OLAONDO.

En los labios...

Para APOLÓ.

Charlábamos en confianza, solos en su gabinetito de mujer elegante. Y divagábamos...

No era mi amante, sino mi amiga; una hechicera amiga á quien de buen grado hubiera dado aquel día el ascenso inmediato. Porque el Amor acecha siempre á sus víctimas asomándose á los ojos de las mujeres hermosas...

Ella se había reido al oírmе lanzar un anatema contra los polvos de arroz.

— ¿Se puede saber por qué le son antipáticos? — me preguntaba.

El encanto de hablar á solas con una dama joven y bella, no emana precisamente del tema de la conversación. Cualquiera que éste sea, siempre es interesante, ó llegará á serlo.

Diálogo de puerilidades, de niñerías... ¡no importa! Hay puntos suspensivos que son epigramas muy sabrosos, mudos paréntesis de una elocuencia insuperable, miradas de enorme fuerza sugestiva. Es recreo de nuestros oídos el timbre de aquella voz femenina, el leve crujido de sus zapatitos...; y el *fru fru* de su falda hace estremecerse en ondas afrodisiacas el ambiente.

Si, Eros nos acecha asomándose á los ojos de las mujeres hermosas; y los nuestros exploran el descote, queriendo descubrir, no un mundo, como el inmortal navegante genovés, sino dos mundos de amor, en que la nieve y la rosa se han fundido, coronándose triunfalmente con dos capullos de coral, imanes del deseo...; y buscan luego los

ojos en el borde de la falda el monísimo pie que juguetea «en el mismo dintel del Paraíso», como diría Ayala.

Divagábamos, los dos solos, en su gabinetito... ¿Qué me preguntaba ella? ¡Ah, si! Los polvos de arroz...

— Perdone usted — le dije — me rebelo contra ese... *ingrediente* con que ustedes se embadurnan la cara.

— ¡Embadurnan! ¡Qué frase tan poco culta!

— No la hallo más justa, ni más correcta, aplicada á esos aborrecibles polvos...

— Nada, por el contrario, tan atractivo, tan vaporoso, como ese polvillo impalpable, sutil, semi-espíritual, que pasa insensiblemente desde una borla de finísimo plumón á un cutis femenino. Cuando veo una mejilla, cuyo sonrosado color descubro á través del transparente velo de los polvos de arroz... se me antoja la aurora surgiendo á través de los vapores matinales, ó las fresas que cubrimos de azúcar...

Me hizo reír aquel despilfarro de poesía y repuse:

— Por mucho tiempo, amiga mía, he creído en la inocencia de los polvos de arroz, pero ahora los odio porque sé que son traidores...

— ¿Cómo?

— ¡Sí, delatores viles!

— A ver, explíquese usted; me muero de curiosidad...

— Nada le puedo negar. Escuche usted una pequeña historia en la que jugaron un triste papel esos pérvidos polvos, matando en germe unos amores.

-- ¿Y fué usted el héroe de esa aventura . . . nebulosa ?

— No, un amigo . . . cuyo nombre me reservo. Este amigo estaba locamente enamorado de una gentil mujercita, casada con un buen señor que podía ser holgadamente su padre . . . ; Pobre muchacho ! Ciertamente, es horrible la pena del que atropella, sin éxito, el noveno mandamiento, pecado del que están eximidas las mujeres . . .

-- ¿Nosotras . . . ? ; Donosa ocurrencia !

— Perdone usted, querida amiga; el noveno mandamiento dice con toda claridad: « No desear la mujer del próximo » Jehová dictó á Moisés esta ley para los hombres; á las mujeres, ni palabra sobre asunto de tanta monta.

¿Qué mandamiento del Decálogo dice: « No desear el marido de la prójima ?

— Adelante — contestó ella sonriendo.

— El marido de la linda mujercita (le llamaremos el señor Sánchez, si usted gusta) había doblado ya el Cabo de las Tormentas y entraba en el Pacífico; quiero decir que no hacía gran caso de su apetitosa hembra, aunque la vigilaba, suponiendo con gran fuerza de lógica que otros la hallarían exquisita.

« Mi amigo frecuentaba aquel hogar y era tratado con mucha confianza, porque el señor Sánchez había sido compañero de colegio del padre del joven; este, siempre respetuoso, amable, correcto, aceptaba agradecido las invitaciones del señor Sánchez para que los acompañara á la mesa una vez por semana.

• Un día, después de la comida, se durmió el señor Sánchez en el gran butacón donde se había arrellanado, mientras la

señora y mi amigo hablaban amistosamente de muchas y deliciosas tonterías. Yo no sé, no puedo asegurar si el durmiente roncaba, pero podemos suponerlo; y suponer también que la dama haría odiosas comparaciones entre el áspero gorgoteo del esposo y el suave acento con que acariciaban su oido las palabras del joven . . .

Yo sé que ellos *se* miraron, y *se* miraron . . . Era una tarde hermosísima de estio. Por la entornada persiana de un balcón, que daba á un jardín, penetraba una brisa fresca y saturada de embriagadoras emanaciones . . . La media luz de la habitación prestaba un tinte de vaga y misteriosa poesía á todos los objetos, especialmente á los lánguidos ojos de la señora . . . ojos que dulcemente velados por las curvas pestañas . . . le miraban, le miraban . . . de un modo irresistible. Allí estaba el hijo de Venus, asomado á las pupilas . . . ¿No he dicho á usted que el Amor acecha á sus víctimas asomándose á los ojos de las mujeres hermosas ?

— No; lo habrá usted pensado . . .

— Es verdad; y lo pienso siempre . . .

Hubo después de esto un silencio bastante largo.

— Bueno, termine usted su historia — me dijo ella á media voz, y algo trémula por la impaciencia — ¿Y qué sucedió ?

— Nada . . . ; Ah, sí. A los pocos minutos se despertó el marido, y vió que mi amigo tenía los bigotes (unos grandes bigotes negros y rizos) manchados de polvos de arroz . . . Dos días después el matrimonio partió para Italia. Mi amigo no ha vuelto á tener noticias de ellos . . .

Por el momento, nada me dijo mi amiga... Luego exclamó de pronto:

— ¡No! ¡No haga usted responsables de ese desastre á los

polvos de arroz, sino á su amigo, que no tuvo el talento de buscar un punto sin ellos, un punto vulnerable... Yo jamás paso la borla por los labios...

RAMIRO BLANCO.

Madrid.

Magia pálida y dulce...

Para Arolo.

Magia pálida y dulce que conoces mi pena,
Inspiratriz gloriosa de mis versos, tu mano,
Pequeña maravilla de nácar, es tan buena
Que quiero me bendigas. El pesar, noble hermano

Del amor, me persigue. Sé que, á las bendiciones
De tu mano perfecta, cesarán mis martirios.
Eres casi divina. Dondequieras que pones
Tu santísima mano nacen mágicos lirios

De sagrado consuelo. Con ferviente ternura
Te pido que bendigas el dolor sobrehumano
De mi amor, te lo pido por toda la tristeza

De Jesús Nazareno, por todos los enojos
Que sufrió en el camino del Gólgota... Tu mano
Curará las heridas que me hicieron tus ojos.

PEDRO SONDÉREGUER.

1908.

Ensoñada

A tí, María.

¡Oh la caricia delicada y honda
de tus labios purpúreos y quemantes,
y el perfume de rosas incitantes
de tu encendida cabellera blonda!

Oh tus divinos ojos, en connubios
de idílicos donceles, adornados,
y tu frente de albores escondidos
bajo el fulgor de tus cabellos rubios.

¡Oh tus brillantes é invisibles alas,
y el pincel de tus lánguidos rubores,
y la natividad de tus amores
y la gloria radiante de tus galas!

¡Oh el ruiseñor de cantos inmortales
anidado en tu púbera garganta!

¡Oh tu la soñadora que se encanta
en la miel de los éxtasis astrales!

¡Oh tu andar reposado y majestuoso
de ondas serenas y ecos sibilinos,
y tu talle que tienta á los divinos
abrazos al cimbrarse voluptuoso!

¡Oh tu cuerpo gentil de amor y fuego
bajo las curvas de tu ondeante falda,
y la cinta triunfal de hermosa gualda
que ama el contacto de tu talle griego!

¡Oh el palpitar de tus nacientes senos,
cumbres ingenuas de auroral blancura
que brindan embriagueces en la pura
copa de amor repleta de veneno!

Ven ensoñada, ven; dame la honda
caricia de tus ósculos quemantes
y énuélveme en las ondas palpitantes
de tu encendida cabellera blonda!

Montevideo, Mayo de 1908.

ALBERTO LASPLACES.

Poetas nuevos

Alma joven

Para APOLO.

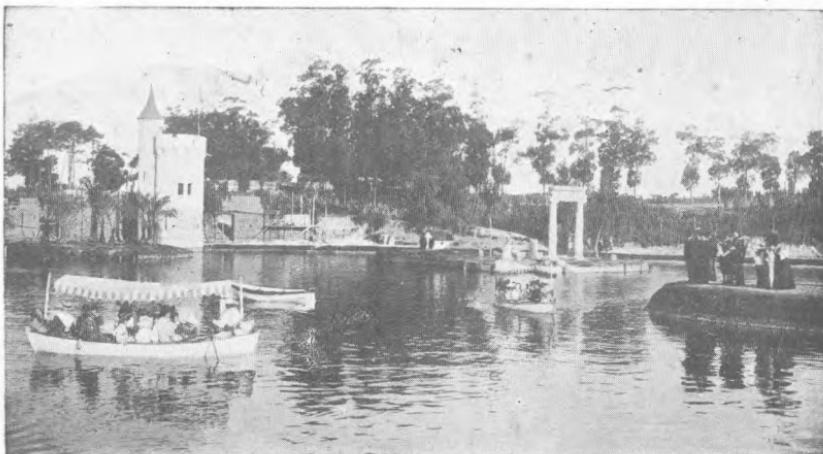
Vosotros, circunspectos filósofos y austeros moralistas, engendros de una existencia fría, ya que habéis recorrido los fúnebres senderos de la miseria eterna y la eterna agonía; ya que sois sabios porque sabéis sentir al mundo, y sabéis lo que enferma al alma un desengaño; dejad que vaya á vuestro saber y taciturno busque vuestra clemencia para un eterno engaño.

Cuando se tienen veinte años que son la vida de veinte ensoñaciones, no se puede pensar; el sentimiento ingenuo presta desconocida potencia al sueño y sólo nos es dado soñar.....; y la filosofía que vuestras impiedades exteriorizan deja la vida en un eterno desconsuelo y las almas soportan las edades de muerte que sentencian vuestros labios de invierno.

Dejad que el sentimiento florezca en mi existencia; prefiero ser un sueño y no una piedra muerta; ... Tengo un alma tan joven...! La ingenua sugerencia de una flor es tan dulce... ¡Quiero una flor abierta! ¡Dadme una rosa, sabios! ¡dadme una rosa abierta!

LORENZO VICÉNS THIEVENT.

Montevideo.



DE «VIDA QUE CANTA»

Para Arolo

Es justo

Yo sé que en vano su perfume exhala
Preñado de efusiones, mi llismo;
Y que más subo por la azul escala,
Me encontraré más solo con mi mismo.

¡ Pero en vano me sitia el pesimismo
De su lógica triste, haciendo gala !
¡ Siempre ha de ser mi pletero como un ala,
Condenada á voltear sobre el abismo !

¡ Nadie sabrá mis intimas querellas !
¡ Un ruiseñor será que á las estrellas
Confiesa sus celestes añoranzas ...

Es justo, pues, que la Abyección me azote,
¡ Tuve la culpa de nacer Quijote
En este imperio ruin de Sancho-Panzas !

Mi blasón

Yo que persigo una visión de Acracia,
Tengo también mi dios y mi estandarte,
Mi fe suprema, la divina Gracia,
Y mi nobleza, la pasión del Arte !

¡ Si ! yo tengo también mi aristocracia.
Pero mi Númen que á lo inmenso parte
Su luz fecunda por doquier espacia
Y hasta lo vil su comunión, imparte !

¡ Soy el Cruzado de una gran Conquistá !
Por eso canto mi fervor de artista
Frente á un sol que alumbrando los senderos,
Espaldarazo es ya que la Belleza
Da á esa Futura Edad de la Nobleza
En donde todos sean Caballeros !

ANGEL FALCO.

AMOR Y DOLOR

El supuesto placer de ser estrangulado por la persona que se ama, es cuestión que nos lleva á examinar un grupo de sensaciones que parecen no estar relacionadas con elementos respiratorios; quiero referirme á la excitación placentera que sienten algunas personas con la suspensión, el balanceo, el encadenamiento ó el esforzamiento. La estrangulación sería el tipo extremo y decisivo de ese grupo de estados reales ó fingidos, en todos los cuales es factor esencial la perturbación respiratoria.

Al estudiar estos fenómenos hemos de hacer notar que la excitación respiratoria es factor preponderante en los procesos de tumescencia y detumescencia de los órganos genitales, durante las contiendas amorosas, y que, por consiguiente, cualquiera restricción ejercida sobre los movimientos respiratorios ó, en general, sobre el sistema muscular ó sobre la actividad emotiva, habrán de tender á aumentar el estado de excitación genésica asociada á esa actividad.

La idea de ser encadenado ó esposado suele estar algunas veces asociada con las sensaciones genésicas. He tenido ocasión de observar numerosos casos de ello tanto en hombres como en mujeres, coexistiendo ese sentimiento en ocasiones con la tendencia á la inversión.

Por lo general se despierta ese sentimiento en edad temprana, siendo su estudio de gran interés, en cuanto no podemos explicar su frecuencia por una asociación casual ni por experiencias efectivas. A primera vista parecería ser un capricho puramente físico, fundado en el hecho físico elemental de que toda restricción emocional produce un aumento de emoción. En todo caso el carácter espontáneo de semejantes ideas y emociones en los niños de ambos性s, basta para demostrar qué unas y otras poseen una base orgánica perfectamente definida.

HAVELOCK ELLIS.

ENGARCE DE VISIONES

Para APOLÓ.

Cordelia

Ha llamado á la puerta de mi alma, Cordelia,
la hermanita de Hamlet, la hermanita de Ofelia,
taciturna y doliente como una camelia.

— Vengo del Norte. Vengo del país de la nieve,
donde el ensueño es largo porque el amor es breve,
y donde el sol apenas á fulgurar se atreve.

Soy rubia y soy flexible cual la dorada espiga
que de Ruth en la senda puso la mano amiga,
un risueño crepúsculo, después de la fatiga

de la siega. Mis ojos son azules y vagos,
y cual pasa la brisa por los dormidos lagos,
por mis ojos azules pasarán tus halagos

despertando del bosque á la Durmiente Bella,
que sueña con que el rizo de una lejana estrella
se enredó en sus cabellos, y es más pura y más bella...

Tesoro de mis manos! Mis manos ambarinas
parece hubieran sido tesoro de meninas
llevado con orgullo en fiestas palatinas,

Y todo para ti, traído del Castillo
donde mi hermano Hamlet en la noche sin brillo
de astros, desenreda el enredado ovillo
de sus meditaciones...

— Adelante, Cordelia;
hermanita de Hamlet, hermanita de Ofelia,
taciturna y doliente como una camelia!

Ofelia

AMADA, LUZ DE MI NOCHE

La noche sus pendones de tragedia
desplegaba en los ámbitos del alma;
luego, un rumor... Ofelia,
es Ofelia que pasa...

— A donde va, quién lleva
en su interior el alba?
— Voy á encerrar la luz de mi tristeza
en una copa de ámbar.

JARDINERA DEL ALMA

Un ciprés melancólico sombra
el verdor de las aguas,
en cuyo fondo estremecido tiembla,
en dorado fulgor, la cabellera
que destrenzaron con violenta ráfaga
la Locura y la Muerte...

Pobre Ofelia!,
jardinera del alma
florecente de ensueños, jardinera
de mis amantes cántigas.

PASA EL CORTEJO NUPCIAL...

Evoco de la Madre y de la Reina
las dolientes palabras:
Suavidad, suavidades para ella,
la novia infortunada...

Y caen sobre tu féretro violetas,
y caen, mientras pasa
el cortejo de nupcias que te lleva
á enterrarte en el alma
donde serás la rubia Cenicienta
de mis cuentos de hadas.

LUIS CORREA.

Caracas (Venezuela), 1908.



Breviario epistolar

Correspondencia de "Apolo"

Inauguramos hoy esta sección, á pedido de muchos de nuestros lectores que continuamente nos asedian con preguntas de índole artístico-literaria. En el presente número evacuamos las consultas más recientes, algunas de ellas importantísimas en estos momentos de febril actividad intelectual.

TULIPÁN — No he recibido aún el número 6 de la «Revista Latina». Yo creo que el concurso tendrá un éxito enorme pues concurrirán á él todos los poetas hispano americanos. En cuanto al jurado, no puede ser más selecto.

SIRINGA — El autor de «Prosas Profanas» se halla actualmente en Nicaragua, su tierra natal. De allí irá á España, creo que en misión diplomática. Prefiero la última que me nombra. Es más rica de ideología y de exquisito estilo.

UN LECTOR DE "LA RAZÓN" — Fué una perogrullada de Suplente. Yo no publico nada sólo en Apolo y jamás he mendigado un puesto para mis incubaciones, fuesen ó no inéditas. Mi envío consistía en el sumario del número especial que publiqué en Mayo. Ya ve usted: Suplente se negó á publicarlo con el pretexto (digno de Perogrullo, tratándose de un sumario avisó y no de una pieza literaria) de que había aparecido en otro periódico, y no obstante su declaración de que no publicó nada que haya visto la luz en otro diario, insertó poco tiempo después en «La Razón» una poesía publicada el mismo día por un colega de la mañana. Eso sí que es tomarle el pelo. Suplente ha sufrido una caída, y lo lamento. El habría acertado si en lugar de aquella contestación me hubiera dado la siguiente: la publicación del sumario no es gratis. Eso es todo.

ACRATA — Se titulará: «Vida que canta». Es un volumen de poesías, eróticas algunas y de combate las otras. Me abstengo de formular juicio sobre el otro escritor porque nunca lo he leído.

ORFEO — Será un fracaso ruidoso como el del concurso Labarden. Yo no creo en la aptitud, ni mucho menos en la formalidad de algunos de los jurados. Le adjudicarán los premios, como siempre, á los niños mimados de la casa. Tal es el resultado de todos nuestros concursos. De los señores que usted cita, sólo el primero sabe distinguir las escuelas literarias y la belleza y los defectos de cada una de ellas.

POETISA — Francisco Villaespesa y Juan R. Jiménez son los más emotivos de la España actual. En Eduardo Marquina aprecio la inspiración y la riqueza imaginativa.

PANIDA — Pienso como usted. Esa obra está llena de plagios. Detesto la crítica y, por lo tanto, no la hago, pero me exaspera el desparpajo de aquellos que fueron críticos y hoy son ladrones literarios.

AMERICANO — No doy ninguna importancia á las palabras de ese señor. Moreno Alba es uno de los jóvenes poetas colombianos de más mérito. ¿No ha leído usted algunas composiciones suyas publicadas en esta revista?

RAMIRO BLANCO (Madrid) — En breve irán letras mías. Le adelanto mi agradecimiento por el envío de colaboración.

PÉREZ Y CURIS.

NOTA BREVE

Esa revista... «Caras y Caretas» que todos conocemos como un mal reflejo de las ilustraciones europeas, niega mi personalidad, incomodada por las dedicatorias que constantemente me hacen distinguídos literatos de España y América. Y luego pregunta: ¿Quién es Pérez y Curis?

Yo respondo: Pérez y Curis, cuyo retrato publicó «Caras y Caretas» hace ya un año, con motivo del asalto al Centro Internacional, es el Director de «Apolo»; y «Apolo», esa revista de arte y sociología de donde «Caras y Caretas» suele sacar material para dar mérito á sus páginas. ¿Se quieren pruebas? Léase el número de «Apolo» correspondiente á Setiembre del año 1907 y uno de «Caras y Caretas» publicado dos meses después.

¡Qué gracioso! Me roban y después me niegan.

PÉREZ Y CURIS.

BIBLIOGRAFICAS

Libros y folletos recibidos

Los Césares de la Decadencia, POR VARGAS VILA. — VOLU-
MEN 1.º — VIUDA DE C. BOURET. — PARÍS. — El libro que el Maestro
nos envia contiene una serie formidable de estudios históricos de
América que ponen de manifiesto cómo el Cesarismo impera en
todo el continente. Concebidos con oportunidad, en esta hora negra
y roja en que el crimen es la obsesión de los tiranuelos que quién
sabe por qué han alcanzado el trono, esos estudios llenos de acres
verdades, provocarán la ira de los verdugos de la libertad que hoy
gobiernan en toda la América, desde el estrecho de Magallanes
hasta el de Behring. Este libro de Vargas Vila es de demolición y
de verdad como todos los suyos.

Morena y Trágica. — POR ISAAC MUÑOZ. — MADRID. — Acu-
samos recibo de esta hermosa novela que nos ha enviado el autor
de «Voluptuosidad». En uno de nuestros próximos números se
ocupará de ella extensamente el Director de APOLO.

La Visión del Aguila. — POR JOSÉ MANUEL CARBONELL. —
HABANA. — Es un canto á la patria escrito para los Juegos Florales
iniciados por el Ateneo de la Habana. Está escrito en versos alejan-
drinos elegantes y bien sentidos.

Vox Patriæ. — POR FÉLIX CALLEJAS. — HABANA. — Este canto
fue escrito con el mismo fin que el anterior, y en versos alejandrinos
también. Aunque este metro no se presta mucho para el canto
épico, tanto los versos de Callejas como los de Carbonell, son dignos
de los más altos elogios por la idea de libertad que los anima. Al
consignarlo así, protestamos contra el jurado que declaró desierto
aquel concurso, manifestando que todas las poesías presentadas
eran malas.

CIRCULAR

San Salvador, Marzo 15 de 1908.

Al Eccmo. señor don Manuel Pérez y Curi. s.

Montevideo.

Tengo la honra de participar á usted que en presencia de los
socios titulares y honorarios de la Academia de Ciencias y Letras y
Artes de El Salvador, reunidos en solemne sesión pública el día de
hoy, ha tomado posesión la nueva Junta Directiva elegida para el
periodo 1908 - 1909, compuesta del personal siguiente: Presidente,
doctor Francisco Vaquero; Vicepresidente, doctor Víctor Jerez;
Vocal, ingeniero Pedro S. Fonseca; Fiscal, doctor Francisco Martí-
nez Suárez; Tesorero, doctor Eusebio Bracamonte; Secretario (reelecto
por 5.ª vez), don José D. Corpeño; y Prosecretario - bibliotecario,
don Salvador Calderón R.

Espero que al tomar usted nota de lo anterior, continuará pres-
tando su valioso concurso á la Academia y de manera especial á la
fraternidad intelectual hispanoamericana.

De usted con muestras de alto aprecio, me suscribo su afecti-
simo S. S. — JOSÉ D. CORPEÑO, Secretario.

Obras de Perfecto López Campaña

PUBLICADAS

- «Nervosismos» (Páginas y estudios).
- «Fanfarria de Prejuicios» (Crónicas, cuentos é ideas sueltas).

CONCLUIDAS

- «Desde el Patagonia» (Memorias íntimas de un aprendiz artillero).
- «Mar de Fondo» (Novela de ambiente).
- «En el jardín de las mentiras» (Cuentos).
- «Hacia el porvenir» (Drama en tres actos y en prosa).

EN PREPARACIÓN

- Capítulo de Sociología Americana,
- «El Uruguay» (Factores de evolución é involución).

Obras de Pérez y Curis

PUBLICADAS

- «La canción de las Crisálidas»
 - «El poema de la Carne».
- (Poesías).
- «Heliotropos» (Poesías).
 - «Rosa ignea» (Cuentos).

EN PREPARACIÓN

- «Por jardines ajenos» (Páginas de Arte).
- «Alma de Idilio» (Poema).
- «Albas sangrientas» (Poesías de combate).
- «La Ola» (Novela).
- «En el huerto de los besos» (Poesías).

APOLÓ

REVISTA MENSUAL DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL URUGUAY,
LA ARGENTINA Y CHILE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

Edición económica	\$ 0.15	oro
» de lujo	» 0.20	»

Precio de este número, \$ 0.20 y 0.25 respectivamente



Administrador: LUIS PÉREZ (Alzáibar, 35)

La correspondencia literaria a PÉREZ Y CURIS

— MONTEVIDEO (URUGUAY) —

APOLÓ

Revista mensual de arte y sociología

Director-Redactor: Pérez y Curis ♀ Redactor: Perfecto López Campaña
Secretario de redaccion: Ovidio Fernández Ríos

CUERPO DE REDACCIÓN

Juan Picón Olaondo — Montevideo.
Francisco Villaespesa — Madrid.
Manuel Ugarte — París.
Enrique Olaya Herrera — Bruxelas.
Luis G. Urbina — México.
Rafael Angel Troyo — Cartago de Costa Rica.
Guillermo Andreve — Panamá.
Froilán Turcios — Tegucigalpa (Honduras).
Santiago Argüello — León (Nicaragua).
Arturo Ambrogi — San Salvador.
M. Moreno Alba — Barranquilla (Colombia).
Miguel Luis Rocuant — Santiago de Chile.
Pablo Minelli González — Buenos Aires.
Rosendo Villalobos — La Paz (Bolivia).
Luis Correa — Caracas (Venezuela).
Guillermo Lavado Isava — La Victoria (Venezuela).
Remigio Romero León — Cuenca (Ecuador).
Juan Guerra Núñez — Habana.
José de Diego — San Juan de Puerto Rico.